

APROXIMACIONES CRÍTICAS A LOS ESCRITOS EN PRIMERA PERSONA*

Elena Cuasante Fernández
Universidad de Cádiz, España
elena.cuasante@uca.es

Recibido: 11/05/ 2013 - Aceptado: 01/06/2013

Resumen: Este estudio traza un recorrido por las diferentes aproximaciones críticas que se han realizado sobre las escrituras en primera persona a lo largo de los últimos sesenta años. Partiendo del término «autobiografía», entendido aquí en su sentido más amplio y no como etiqueta de un género literario concreto, analizaremos cómo los escritos autobiográficos han sido objeto de estudio de campos tan diversos como la historia, la antropología o la literatura. La confrontación de las teorías más relevantes en estos campos permite concluir que los aspectos más controvertidos suscitados por este choque interdisciplinar se remiten a una cuestión de prioridad metodológica entre el estudio formal o funcional de las literaturas del yo.

Palabras clave: autobiografía, literatura, relato, historia, identidad.

A CRITICAL APPROXIMATION ON FIRST PERSON NARRATIVES

Abstract: This study sets out to map the distinct approximations that have been developed on first person narratives over the last sixty years. We shall employ the term «autobiography» in its broadest sense, and not as a specific genre. In this respect, we shall evidence how autobiographical narratives have been the focus of diverse fields of interest such as history, anthropology, and literature. The confrontation between the most relevant theories on the autobiographical genre leads us to conclude that the most controversial elements found in the disagreements established between these theories have their base on methodological questions that centre on questions of the form and function of these first person narratives.

Key words: Autobiography, Literature, Narrative, History, Identity.

* Este artículo está vinculado a las actividades del grupo de investigación «Estudios de Francofonía», Universidad de Cádiz, España.

1. Introducción

Lejos de limitarse al ámbito exclusivo de la teoría literaria, la crítica que a lo largo del siglo XX —y de estos primeros años del XXI— se ha preocupado por las literaturas del yo se adscribe a casi todas las ciencias humanas:

[...] al ser la escritura autobiográfica un compendio de relaciones entre el yo, el mundo y la escritura, intervienen en su elucidación y cuestionamiento conceptos provenientes de otras ciencias humanas tales como filosofía, historia, sociología, psicología, psicoanálisis, etc., etc., dando origen a uno de los debates más complejos de la moderna teoría de la literatura en su concepto más amplio (Hernández, 1993: 31).

Aunque ha sido sobre todo en los últimos sesenta años cuando se ha producido una eclosión realmente significativa, el origen de las investigaciones sobre la cuestión se remonta a finales del siglo XIX. A partir de esta fecha, y en un periodo que ocupa ya más de un siglo, la crítica de las literaturas del yo ha seguido una clara evolución que pasa por tres etapas fundamentales; tres etapas que, como bien indicaba en los años ochenta James Olney (1980: 3-27), coinciden curiosamente con las tres componentes semánticas de la palabra auto-bio-grafía. Conviene señalar sin embargo que, a lo largo de este proceso, una parte importante de la crítica ha explotado al máximo la rentabilidad del término «autobiografía» —su capacidad para remitir simultáneamente a un proceso existencial (*bios*), a una identidad (*autos*) y a una actividad (*grafê*)—, recurso al sentido más amplio de la palabra que puede llevar a confusión. Lo que suele suceder en realidad es que, si bien se observa una clara tendencia a mencionar la autobiografía en los títulos de las obras, el contenido efectivo de las investigaciones es casi siempre una revisión global de las literaturas del yo.

A grandes rasgos, la evolución que Olney describe puede resumirse como sigue: en un primer momento (*bios*), las escrituras del yo interesan a filósofos e historiadores como excepcionales fuentes de acercamiento a la interpretación de la realidad histórica; en una segunda fase (*autos*), el interés de la crítica antropológica y literaria se desplaza al problema de la identidad y a la posibilidad misma de representarse en la escritura; finalmente, la tercera y última etapa de este proceso (*grafê*) constituiría un cuestionamiento definitivo de las teorías anteriores que convierte al lenguaje y al destinatario en responsables últimos de la representación del yo. En términos más sencillos, el objeto de los estudios se ha ido desplazando del texto al contexto, del texto al sujeto y,

por último, del texto al lector. En las páginas que siguen revisaremos más de cerca las teorías que se han desarrollado en cada una de estas etapas, lo que nos permitirá extraer los problemas teóricos y metodológicos más relevantes que se han planteado en el conocimiento de las literaturas del yo.

2. Del texto al contexto: la dimensión histórica del yo

La crítica actual coincide de manera unánime en que fue W. Dilthey el primero en llamar la atención sobre las literaturas del yo y en reivindicar su valor como instrumento de conocimiento de la realidad histórica. En tanto que resultado de la reflexión del sujeto sobre sí mismo, las escrituras del yo constituyen un compendio de formas que revelan cómo el sujeto ordena su experiencia en los diferentes momentos históricos. En la comprensión de la propia vida se movilizan no solo las categorías generales del pensamiento, sino también categorías vitales —hoy diríamos existenciales— que resultan ser un instrumento extraordinariamente valioso a la hora de conocer la mentalidad y la configuración histórica de un periodo determinado.

Es precisamente este rendimiento instrumental el que llevará a Georg Misch a iniciar en 1907 el que se considera primer estudio monográfico acerca de las escrituras del yo: *Geschichte der Autobiographie*. Se trata de una obra enciclopédica que reconstruye la historia de la autobiografía desde la antigüedad hasta finales del siglo XIX,¹ en un recorrido que pasa por lenguas y literaturas muy diversas. A lo largo de su trabajo, Misch consigna las escrituras del yo en todas sus formas, y en épocas que anteceden con mucho a la creación de los conceptos críticos que posteriormente se han consolidado para describirlas, entre ellos el de «autobiografía».² Por otra parte, la perspectiva historicista supone necesariamente la verificación de lo contado, la confrontación de lo narrado en el texto con lo sucedido en la realidad, en un doble movimiento que permite recuperar el acontecimiento histórico y, simultáneamente, la experiencia humana que dicho acontecimiento generó en los contemporáneos.

1 La obra se vio interrumpida por la muerte de Misch, que solo pudo escribir los tres primeros volúmenes de tan magna obra —hasta el Renacimiento—, y fueron sus discípulos quienes redactaron el cuarto volumen y continuaron así el estudio hasta el siglo XIX.

2 Es precisamente a Misch a quien G. Gusdorf se remitirá en su polémica con Ph. Lejeune para defender que la existencia de la autobiografía es muy anterior a la que este proponía, es decir, el siglo XIX.

El hecho de que este tipo de acercamientos críticos fueran los primeros en abordar las escrituras del yo no significa que hayan desaparecido del panorama actual. Si, como señala Loureiro (1991: 3), la etapa del *bios* goza hoy por hoy de gran vitalidad en ciertos ámbitos, ello se debe sin duda a su utilidad a la hora de reflejar la dimensión sociocultural de la expresión de lo individual, dimensión que parece haber dado lugar a dos vías de investigación.

La primera de ellas, más general, cuenta con representantes como Weintraub, quien en sus obras defiende la idea de que el género autobiográfico ha tenido una función cultural de primera importancia en la conciencia histórica del individuo —lo que él denomina «historicismo». Repasa Weintraub el sentido que en las diferentes épocas ha tenido la actividad de contarse y la conformación de los relatos del yo a los diferentes modelos humanos, para concluir que la plena conciencia histórica se alcanza a partir de Goethe. En su concepción de sí mismo, el padre del Romanticismo incorpora ya la conciencia individual propia de su generación, de suerte que «su autobiografía se convirtió tanto en la historia de su propia individualidad como en la historia de su época» (Weintraub, 1975/91: 33). En la medida en que ha sido un vehículo imprescindible del desarrollo de la individualidad, la autobiografía se convierte en la forma de expresión que mejor revela el desarrollo de la concepción que de sí mismo tiene el hombre occidental.

Una segunda vía, más atenta a lo particular, es la que se centra en la representación del yo en grupos sociales concretos que, por ser minoritarios, han acudido a las escrituras del yo con objeto de mostrar su propia versión de los acontecimientos históricos —apropiación que es causa y, al mismo tiempo, efecto de la toma de conciencia individual y colectiva, lo que nos muestra que esta perspectiva y la de Weintraub no solo no se oponen, sino que coinciden en parte de sus planteamientos—. Este tipo de trabajos se integran a menudo en lo que hoy se conoce como *cultural studies*, un género que, durante los últimos años, ha multiplicado su actividad en el ámbito universitario estadounidense.

3. Del texto al sujeto: el autor

La que Olney llama etapa del *autos* ha sido sin duda la fase más activa en lo que a investigación se refiere. En este periodo, la crítica ha acudido a casi todas

las ciencias humanas —antropología, teoría literaria, lingüística, psicología, filosofía— con objeto de justificar la capacidad cognoscitiva de la autobiografía.

Dado que resumir todas y cada una de las teorías desbordaría con mucho el marco de este trabajo, a continuación recogeremos solo las que han ejercido una mayor influencia en el estudio de las literaturas del yo: las teorías de Gusdorf y de Lejeune respectivamente, además de las aproximaciones eclécticas de sus discípulos.

3.1. *La lectura antropológica de Georges Gusdorf*

En 1948, Gusdorf ya había publicado *La découverte de soi*, un libro en el que pasaba revista a las prácticas textuales más habituales que el ser humano ha ejercido en la tarea fundamental de intentar conocerse a sí mismo, entre ellas las memorias —identificadas aquí a la autobiografía—, el ensayo, el diario íntimo, etc. Es, sin embargo, su artículo «Conditions et limites de l'autobiographie» (1956)³ el que realmente inaugura una nueva etapa en los estudios sobre la literatura del yo. Con respecto a la etapa anterior, la aportación más sustancial del artículo de Gusdorf es una concepción diferente de la relación que une al escritor con el texto:

[...] l'autobiographie n'est pas la simple récapitulation du passé; elle est l'entreprise, et le drame, d'un homme qui s'efforce de se ressembler à sa ressemblance, en un certain moment de son histoire. La remise en question de l'existence antérieure suppose un nouvel enjeu [...]. La confession du passé se réalise comme une œuvre dans le présent: elle opère une véritable création de soi par soi (1956: 233-234).⁴

En efecto, para Gusdorf el sujeto se cuenta, pero, sobre todo, se crea a sí mismo a través de la escritura; el relato autobiográfico, más que reproducir el pasado, es el resultado y el proceso de una búsqueda de identidad. Es este proceso el que el investigador debe tomar como objeto primero, lo que supone establecer una nueva jerarquía en las ciencias humanas:

3 Citamos este artículo por la reedición en Lejeune (1971: 217-236).

4 «[...] la autobiografía no es una mera recapitulación del pasado; es la empresa, y el drama, de un ser humano que, en un momento determinado de su historia, lucha por parecerse a su imagen. El cuestionamiento de su existencia pasada implica un nuevo desafío [...]. La confesión del pasado se convierte en obra desde el presente, practicando una auténtica creación del yo desde el yo». La traducción es nuestra.

La signification de l'autobiographie doit donc être cherchée par-delà le vrai et le faux, tels que les conçoit le bon sens ingénu. Elle est sans doute un document sur une vie, et l'historien a parfaitement droit d'en contrôler le témoignage, d'en vérifier l'exactitude. Mais il s'agit aussi d'une œuvre d'art [...]. Fiction ou imposture, la valeur d'art est réelle [...]. La fonction proprement littéraire, artistique, a donc plus d'importance que la fonction historique et objective, en dépit des prétentions de la critique positiviste d'hier et d'aujourd'hui. Mais la fonction littéraire elle-même, si l'on veut vraiment comprendre l'essence de l'autobiographie, apparaît encore secondaire par rapport à la signification anthropologique. Toute œuvre d'art est projection du domaine intérieur dans l'espace extérieur, où il vient, en s'incarnant, prendre conscience de soi-même. D'où la nécessité d'une critique seconde qui, au lieu de vérifier la correction matérielle du récit ou de mettre en lumière sa valeur artistique, s'efforce d'en dégager la signification intime et personnelle, en le considérant comme le symbole, en quelque sorte, ou la parabole, d'une conscience en quête de sa propre vérité (1956: 233-234).

La lectura de los textos que privilegian la representación del yo ha de ser pues prioritariamente antropológica; en segundo lugar, literaria; y solo en última instancia, histórica.

No vuelve Gusdorf a estudiar específicamente las escrituras del yo hasta 1991, en su voluminoso ensayo *Lignes de vie*, donde la jerarquía anteriormente citada parece haber variado en perjuicio de la literatura. Si bien reclama puntualmente un estudio interdisciplinar (1991 (1): 249), y mantiene que el único punto de vista que se impone en el estudio de las escrituras del yo es el de la antropología (Id.: 129), Gusdorf expresa ahora una mayor afinidad con la lectura histórica tal y como la habían practicado Dilthey y sus discípulos (Id.: 19), llegando incluso a afirmar, contra lo que había defendido en 1956, que la autobiografía es un instrumento privilegiado del conocimiento histórico, pues permite al historiador ver la realidad con los ojos de quienes la vivían (Id.: 19 y 21). La lectura literaria, sin embargo, parece pasar al último lugar:

L'individu qui s'adonne aux écritures du moi n'utilise pas l'écriture comme un instrument d'une création d'art. [...] les écritures du moi, dans leur masse, et depuis leurs lointaines origines, ne relèvent pas de la littérature littéraire; elles ne sont littéraires que d'une manière subalterne et par occasion (1956/1971: 284-285).⁵

5 «La persona que utiliza la escritura en primera persona no lo hace como un instrumento de creación artística. [...] las escrituras del yo en su totalidad, y desde su más lejano origen, no pertenecen a la literatura literaria, únicamente son literarias de manera secundaria y ocasional». Cfr. también en este sentido pp. 140-142.

Es además reductora, pues solo se interesa por una selección de textos de autores de primer nivel, mientras que la antropología establece un corpus más amplio que abarca todo tipo de textos autobiográficos, incluidos los más modestos. Para la antropología cultural, el valor de una autobiografía está en relación directa con el conocimiento de una personalidad: el texto más revelador no es necesariamente el mejor redactado.

La hostilidad de Gusdorf hacia la crítica literaria es, en realidad, muy anterior a *Lignes de vie* (1991), y obedece fundamentalmente al hecho de que las teorías posteriores a su artículo de 1956 dejaban de lado el contenido en favor del análisis formal. Así lo expresa en el coloquio de 1975 en la Sorbona, tras una intervención de Philippe Lejeune —este había reclamado el derecho a estudiar exclusivamente el texto y para entonces había publicado ya *L'autobiographie en France* (1971)— en la que Gusdorf no veía más que un vacío ejercicio intelectual:

[...] un exposé sur l'autobiographie où jamais l'on n'a senti vivre quelqu'un! On n'a jamais senti que l'autobiographie c'était un homme qui mettait sa vie en cause, qui parlait de sa vie, parce que c'est tout de même le point de départ. Nous avons vu uniquement des genres qui fonctionnaient (Revue d'Histoire Littéraire de la France, 1975: 931-932).⁶

Aunque sabemos que en *Lignes de vie* las críticas son mucho más duras, lo que este libro ataca en realidad es la actitud estetizante de Lejeune: primar el significado a costa de la significación, dejarse llevar por lo que aquí se consideran acrobacias analíticas, tiene consecuencias extremadamente negativas. La más grave, y en la que Gusdorf insiste permanentemente, es la de afanarse en establecer clasificaciones internas que, en el caso de las escrituras del yo, están fuera de lugar: «Le postulat de départ doit être l'affirmation que les écritures du moi forment un champ unitaire, au sein duquel il n'est pas possible d'établir des compartiments étanches»⁷ (1991 (1): 241). Considerar las escrituras del yo aisladamente supone encerrarlas en definiciones artificiales y, con ello, incurrir en errores de bulto como, por ejemplo, el de Lejeune, cuando data el nacimiento de la autobiografía a partir de la obra de Rousseau, lo que para Gusdorf equivale a ignorar la historia (Ibíd.: 140).

6 «[...] un discurso sobre la autobiografía en el que en ningún momento se siente vivir a individuo alguno! En el que no se siente que la autobiografía es ante todo un hombre que se replantea su vida, que habla de su vida, lo cual es, a pesar de todo, el punto de partida. Únicamente hemos visto géneros en funcionamiento».

7 «el postulado de partida debe ser la afirmación de que todas las escrituras en primera persona forman un conjunto en el cual es imposible establecer compartimentos estancos».

Conviene señalar, por último, que Lejeune no es la única víctima de Gusdorf, quien en su libro rechaza casi todas las aproximaciones críticas no antropológicas, entre ellas el marxismo, el psicoanálisis, el estructuralismo y la retórica (Ibíd.: 141).

3.2. *El formalismo literario de Philippe Lejeune*

Es, paradójicamente, el conocimiento de las teorías de Gusdorf lo que anima a Lejeune a escribir *L'autobiographie en France* (1971), un libro que aborda la autobiografía en el marco de las literaturas del yo. El punto de partida es, en efecto, similar. Rechazando el criterio de la exactitud histórica —lo que él llama la problemática estéril de la «sinceridad» (1971: 8)—, Lejeune concibe la escritura como una forma de reconstrucción: «Le but de l'autobiographie étant non de dire ce qu'on sait déjà —mais d'inventer, de trouver la vérité sur soi—, ce qui est moins simple que d'égrener de gentils souvenirs»⁸ (Ibíd.).

El espíritu del estudio de Lejeune es, sin embargo, muy diferente al de su predecesor: se propone aquí un modelo teórico que permita definir la autobiografía en sentido estricto y sistematizar al máximo las relaciones de esta con respecto a los demás géneros de las literaturas del yo. Aun a sabiendas de los riesgos que su definición supone —«Plus la définition sera nette, plus elle a chance d'être inopérante, parce que le domaine exploré est flou»⁹ (Ibíd.: 13)—, y de que difícilmente las obras concretas podrán ilustrarla —«Il n'existe pas d'autobiographie pure, strictement conforme à notre définition [...] aussi chaque œuvre réalise-t-elle, selon des proportions diverses, une sorte d'approximation du modèle théorique»¹⁰ (Ibíd.)—, Lejeune define la autobiografía como «Le récit rétrospectif en prose que quelqu'un fait de sa propre existence, quand il met l'accent principal sur sa vie individuelle, en particulier sur l'histoire de sa personnalité»¹¹ (Ibíd.).

8 «El objetivo de la autobiografía no es tanto decir lo que uno ya sabe, sino inventar y encontrar la verdad sobre sí mismo, lo que sin duda es mucho más complejo que desgranar bonitos recuerdos».

9 «Cuando más precisa sea la definición más posibilidades existen de que esta sea inútil, ya que el campo de exploración es muy difuso».

10 «No existe la autobiografía pura que se adapte completamente a nuestra definición [...], más bien cada obra se acerca en mayor o menor proporción al modelo teórico».

11 «Relato retrospectivo en prosa que alguien hace de su propia existencia, incidiendo principalmente en su vida individual y en particular en la historia de su personalidad».

Señala Lejeune que en esta definición entran en juego elementos de tres categorías diferentes: 1) la forma del lenguaje —relato en prosa—, 2) el tema tratado: vida individual, historia de una personalidad, y 3) la situación del autor —identidad del autor, del narrador y del personaje, y perspectiva retrospectiva del relato.

En la autobiografía propiamente dicha quedarían incluidas las obras que respeten todas y cada una de estas condiciones; con todo, y para precisar aún más la definición, Lejeune opone la autobiografía a los géneros literarios cercanos, que no cumplen todos estos requisitos, así: las memorias no cumplen la condición 2): vida individual, historia de una personalidad. La novela autobiográfica no cumple parte de la 3): identidad del autor, del narrador y del personaje. El poema autobiográfico no respeta parte de la 1): en prosa, y el diario íntimo no cumple parte de la 3): perspectiva retrospectiva del relato.

De todas estas distinciones, la más problemática es, según reconoce el autor, la segunda: «Comment distinguer l'autobiographie du roman autobiographique? Il faut bien l'avouer, si l'on reste sur le plan de l'analyse interne du texte, il n'y a aucune différence»¹² (Ibíd.: 24). En la medida en que el único criterio de distinción posible —la identidad del autor, del narrador y del personaje— es de carácter externo, la autobiografía se basa en un pacto de confianza que el autor propone y el lector acepta, un «pacto autobiográfico» que suele establecerse en el paratexto de la obra. Se trata en todo caso de un pacto necesario pero no suficiente; una biografía puede ser apócrifa o, lo que es más común, poco fiel a la realidad, pues incluso cuando el autor cree estar contando *la* verdad no hace más que contar *su* verdad. Según Lejeune, hay que distinguir aquí la sinceridad —intención de decir la verdad— de la ficción, y solo aquella es exigible al autobiógrafo dado que, en el fondo, «L'autobiographie n'est qu'une fiction produite dans des conditions particulières»¹³ (Ibíd.: 30).

12 «¿Cómo distinguir la autobiografía de la novela autobiográfica? Hay que reconocer que si permanecemos en el plano del análisis interno del texto no hay diferencia alguna entre ambas». Pero esta reflexión es válida no solo para la autobiografía propiamente dicha, sino también para las demás escrituras del yo. No existen, por ejemplo, diferencias formales entre el diario íntimo y la novela diario o entre la correspondencia y la novela epistolar.

13 «La autobiografía no es más que una ficción creada en unas condiciones singulares».

Los dos elementos que permiten definir la autobiografía —la identidad entre autor y personaje y el pacto autobiográfico— seguirán siendo el centro de los siguientes estudios del autor: «Le pacte autobiographique» (1975) y «Le pacte autobiographique (bis)» (1983). Con todo, nos gustaría señalar que, en estos trabajos, y respondiendo a las sucesivas críticas que recibe su modelo, Lejeune va matizando sus posiciones iniciales que, según el propio autor, pecaban a veces de dogmatismo. Si en «Le pacte autobiographique» el nombre propio se proponía como valor seguro para certificar la identidad y se establecía una tipología de pactos —autobiográfico, referencial, etc.—, en «Le pacte autobiographique (bis)» se termina admitiendo que la identidad es una cuestión de grado y que el pacto depende en gran medida de la recepción del lector.¹⁴ Es en este último artículo donde Lejeune hace una autocrítica más exigente, reconociendo sucesivamente haber sobrevalorado la pertinencia del pacto en un terreno en que la exactitud es imposible, así como haber dejado de lado puntos de vista que sin duda resultan interesantes en el análisis de las literaturas del yo (cfr. 1983: 421-426). Hay que recordar que para entonces algunos estudiosos, en su mayoría procedentes de la perspectiva deconstruccionista, y entre los que se encuentra fundamentalmente Paul de Man, se habían mostrado muy críticos con sus teorías.

Se observa a partir de entonces en Lejeune una evolución significativa: en obras como *Je est un autre* (1980), *Moi aussi* (1986) o «*Cher cahier...*» (1989) los estudios exclusivamente literarios se van dejando de lado en favor del acercamiento hacia prácticas no literarias; dicho de otro modo, se pasa de las literaturas a las escrituras del yo. A lo largo de esta trayectoria, Lejeune va asumiendo posiciones cada vez más abiertas, a menudo propias de sus más ardientes detractores, y más particularmente de Gusdorf.¹⁵ Ambas circunstancias aparecen explícitamente en la entrevista realizada por Michel Delon a Lejeune:

14 Unos años más tarde, Lejeune dedicará su artículo «Autobiographie, roman et nom propre» al análisis de las múltiples variantes que presenta el problema del nombre propio en literatura (cfr. 1986: 37-72).

15 No deja de ser curioso que sea el propio Lejeune quien, en el coloquio de Heidelberg de 1989 y frente a críticos como Charles Grivel que defendían el acercamiento exclusivamente textual a la autobiografía —es decir, lo que Lejeune defendía en el coloquio de 1975—, sostenga que «L'autobiographie n'est pas seulement un genre littéraire, elle est aussi une pratique vécue » (cfr. Calle-Gruber et Rothe, 1989: 201-202). «La autobiografía no es solo un género literario sino también un relato de vida».

J'ai renoncé à une étude strictement littéraire du genre pour adopter un point de vue plus général, je ne sais s'il faut dire anthropologique. [...] Au fil des années, je me suis aperçu —c'est une découverte naïve— que l'autobiographie n'était un genre littéraire que secondairement. L'écriture autobiographique est d'abord une pratique individuelle et sociale, qui n'est pas le seul fait des écrivains. Il n'est pas juste de se limiter à l'étude des autobiographies littéraires¹⁶ (*Magazine littéraire*, 2002: 20).

La evolución de Lejeune no es en absoluto una renuncia a sus investigaciones anteriores, sino una ampliación de las mismas. Si bien presenta puntos conflictivos, su teoría conserva muchos aspectos útiles sobre los problemas teóricos y metodológicos que suscitan las literaturas del yo.

3.3. *Aproximaciones eclécticas*

La que arriba llamábamos fase del *autos* se ha prolongado hasta nuestros días con trabajos que se inspiran en mayor o menor medida en los de Gusdorf y Lejeune.¹⁷ Si bien en algunos críticos se impone el carácter recapitulativo —llegando casi, en el caso de Zanone, a lo divulgativo—, la mayoría de ellos ha intentado prolongar las reflexiones de sus maestros, ya sea cuestionando sus teorías, ya extendiéndolas hacia aspectos nuevos no considerados por aquellos.

Coinciden todos, por ejemplo, a la hora de revisar las aportaciones esenciales del modelo formalista, llegando invariablemente a la conclusión de que las categorías de Lejeune no permiten sistematizar por completo la variedad y la riqueza de los textos concretos. Ello no impide sin embargo que todos recojan las definiciones de autobiografía y de pacto autobiográfico tal y como Lejeune las elaboró.

16 «He renunciado al estudio estrictamente literario del género en favor de un punto de vista más general que no sé si llamar antropológico [...]. Al cabo de los años me he dado cuenta —ingenuo descubrimiento— de que la autobiografía sólo es un género literario de manera secundaria. La escritura autobiográfica es ante todo una práctica individual y social que no sólo pertenece al escritor. No es justo pues limitarse al estudio de las autobiografías literarias». Cfr. en el mismo sentido la entrevista, más reciente aún, de Anna Caballé en *Blanco y Negro Cultural* (2004: 20).

17 Cfr. Hernández (1993); Zanone (1996); Lecarme et Lecarme-Tabone (1997/99). Estos cuatro estudios, en nuestra opinión los que mejor representan la posteridad de las teorías de Gusdorf y de Lejeune, no coinciden completamente en sus planteamientos. Aunque todos adoptan una actitud ecléctica, la influencia de Gusdorf es más perceptible en Hernández, y la de Lejeune en Zanone y en Lecarme et Lecarme-Tabone.

Por una parte, algunos plantean la necesidad de revisar los criterios de distinción, pues no se ha justificado suficientemente la exclusión de la poesía del género autobiográfico.¹⁸ Por otra parte, suelen desarrollarse más ampliamente aspectos nuevos que Lejeune no había analizado suficientemente, a saber, los problemas de tiempo, de voz y, en algún caso puntual, de perspectiva —hecho al que probablemente no es ajeno el desarrollo de la narratología del discurso en los años que siguieron a *L'autobiographie en France* (1971).

Se observa también en estos estudios, por otra parte, la influencia de Gusdorf, más concretamente en la consideración de aquellos aspectos que se asocian a las escrituras del yo como práctica de la experiencia humana. Hernández, por ejemplo, se interesa en el sentido que para el autor y para sus contemporáneos tiene el acto de escribir sobre sí mismo —lo que podríamos llamar las funciones de las literaturas del yo. De la misma manera, empiezan a consignarse poco a poco las redes temáticas que, por su frecuencia de aparición, resultan más significativas, con lo que poco a poco se ha ido esbozando una estructura-tipo para este conjunto de escritos. Por último, hay que señalar igualmente el lugar cada vez más preeminente que ha ido adquiriendo la figura del destinatario: se analizan, por ejemplo, las circunstancias que empujan al lector real a sumirse en las literaturas del yo; Hernández aborda la ambigüedad que aparece en la localización de las diferentes instancias de la recepción —internas o externas al texto— a las que se dirige el autobiógrafo (cfr. 1993: 99-102), o Zanone, por su parte, dedica algunas reflexiones —bien es verdad que demasiado puntuales— a lo que él denomina el «horizonte de espera autobiográfico» (cfr. 1996: 52-53).

4. Del texto al lector: la disolución del sujeto

Independientemente de sus divergencias metodológicas, los teóricos de la etapa del *autos* coincidían al menos en una verdad común: si bien el sujeto se construye a sí mismo en la escritura, esta conserva su doble capacidad de autorrepresentación y de conocimiento: en el proceso de escribir, el yo —aunque sea el yo que se autoinventa, es decir, el yo narrante y no narrado (cfr. Eakin, 1985: 181-201)— se transforma y se conoce a sí mismo. Es precisamente esta

18 Este es el caso por ejemplo de Zanone (1996: 14-15), cuya observación no es no obstante demasiado novedosa, pues para entonces el propio Lejeune ya había admitido que la autobiografía podía escribirse en verso (cfr. Lejeune, 1983: 424-425).

idea, que en última instancia legitima las escrituras del yo en general, la que a lo largo de los años ochenta han ido cuestionando críticos como Paul de Man o Jacques Derrida. La desapropiación del sujeto que se produce en este periodo se articula, como bien resume Loureiro, sobre dos problemas fundamentales, el lenguaje y el sujeto:

Al mismo tiempo que da al autobiografiado poder para «narrar» su vida, el lenguaje se lo quita, ya que las palabras no pueden captar el sentido total de un ser y, además, el lenguaje narrativo adquiere una vida independiente que se manifiesta en narrativas que, impulsadas por una dinámica propia, se explayan en múltiples direcciones independientemente de la voluntad del sujeto. Y, por otra parte, el desdoblamiento del yo en yo narrador y yo narrado, y la multiplicación del yo narrado en su recuento nos dejan ver que el texto autobiográfico es un artefacto retórico y que el artificio de la literatura lejos de «reproducir» o «crear» una vida produce su desapropiación (1991: 6).

Es De Man el primero que, en su artículo «La autobiografía como desfiguración», empieza a discutir los postulados críticos hasta entonces consolidados. Partiendo de que la mimesis que opera en la autobiografía es un modo de figuración como otros, De Man invierte los términos de la relación cuando afirma que no es el referente el que determina la figura, sino al revés: el sujeto no es un referente real, es una «ficción, la cual, sin embargo, adquiere a su vez cierto grado de productividad referencial» (1979/91: 113). Como el conocimiento en general, y como actividad de conocimiento que pretende ser, la autobiografía tiene pues una estructura tropológica; más concretamente el discurso autobiográfico se origina, como el discurso epitáfico, en la prosopopeya, pues en él se confiere voz a un ser que ya no existe. En lugar de servir a la representación del yo, el lenguaje la hace imposible: «En la medida en que el lenguaje es figura [...], es realmente no la cosa misma, sino su representación [...]. El lenguaje, como tropo, produce siempre privación, es siempre despojador» (Id. 118). Se llega así a la contradicción de que la figura desfigura la realidad: en lugar de un retrato, la escritura autobiográfica es, como el título del artículo resume, una desfiguración.¹⁹

19 Algunos años antes que Derrida, James Olney había advertido ya la estructura tropológica de la autobiografía —según él basada en la metáfora y no en la prosopopeya—, lo que no le impide defender la capacidad representacional del género (cfr. Olney, 1972).

La disolución de la autoridad del sujeto preconizada por De Man se ha prolongado en la obra de críticos como Sprinker²⁰ y ha llegado a su término más extremo con las teorías de Derrida. En *L'oreille de l'autre* (1982), este último afirma ya que es imposible separar con nitidez la vida y la obra de un autor, de manera que hay que revisar desde el origen cualquier planteamiento sobre la autobiografía; de hecho, es preferible por el momento hablar simplemente de «autografía». Sin embargo, es sobre todo en *Otobiographies* (1984) donde la autoridad del sujeto queda peor parada. Derrida defiende aquí que la firma, a la que Lejeune había apelado en 1975 como base de la identidad entre autor, narrador y personaje, es un acto que se produce no en el momento de la escritura sino en el de la lectura: como ya quedaba anunciado en el título de su anterior libro, es «la oreja del otro» la que termina realizando el yo autobiográfico, de suerte que toda autobiografía es, en el fondo, una heterobiografía.

Según los argumentos expuestos hasta aquí, las vías por las que se ha diversificado la etapa de la *grafé* terminan postulando invariablemente la imposibilidad no ya de la autobiografía propiamente dicha sino de la escritura del yo en general como práctica de representación del sujeto.

5. Conclusión

Con independencia de la postura adoptada por Eakin, Derrida y De Man, que a base de deconstruir el proyecto autobiográfico acaban por destruirlo, podemos considerar que, gracias a las diferentes aproximaciones que hemos revisado a lo largo de este estudio, las escrituras del yo constituyen actualmente un objeto muy bien delimitado. Ciertamente es que, en razón de su carácter poliédrico (histórico, filosófico, literario), la autobiografía ha generado algunas controversias de carácter metodológico cuya importancia es, en nuestra opinión, menor, pues derivan simplemente de una divergencia de partida en las prioridades del análisis —formal en el caso de Lejeune y sus discípulos, y funcional en el de Gusdorf y sus seguidores—. Desde nuestra óptica, lejos de ser contradictorias, ambas aproximaciones a la materia nos parecen no ya pertinentes sino, además, complementarias. Pensamos con Gusdorf que la dimensión antropológica de

20 Sprinker acude al psicoanálisis lacaniano para afirmar que en la autobiografía el individuo y el discurso se construyen mutuamente en una deriva inconsciente que priva a la escritura de cualquier valor representacional. El título de su estudio es, por otra parte, revelador: «Ficciones del yo: el final de la autobiografía» (cfr. Sprinker, 1980/91).

las escrituras del yo, como su dimensión histórica, es absolutamente primordial en el ámbito de las ciencias humanas. Ello no supone, no obstante, que deba olvidarse el hecho de que la autobiografía es también un género artístico con rasgos específicos que, precisamente por no ser independientes de los factores históricos y antropológicos que acabamos de evocar, la teoría literaria debe incluir en su campo de estudio.

Referencias bibliográficas

1. Caballé, A. (2004). Philippe Lejeune: Ahora la aristocracia no es política, es literaria. *Blanco y Negro Cultural*, 15 de mayo, 20-21.
2. Calle-Gruber, M. & Rothe, A. (Eds.). (1989). *Autobiographie et biographie. Colloque de Heidelberg*. Paris: Nizet.
3. De Man, P. (1979). La autobiografía como desfiguración. En *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Suplementos *Anthropos*, 29, 1991, 113-118.
4. Derrida, J. (1982). *L'oreille de l'autre. Otobiographies, transferts, traductions. Textes et débats avec Jacques Derrida*. Paris et Montréal: Eds. Claude Lévesque et Christie V. McDonald.
5. Derrida, J. (1984). *Otobiographies. L'enseignement de Nietzsche et la politique du nom propre*. Paris: Galilée.
6. Eakin, P. J. (1985). *Fictions in Autobiography. Studies in the Art of Self-Invention*. Princeton New Jersey: Princeton University Press.
7. Gusdorf, G. (1956). Conditions et limites de l'autobiographie. En *Formen der Selbstdarstellung, Festgabe für Fritz Neubert, Berlin, Duncker und Humblot*, 105-123. Reed. en Lejeune, Philippe. (1971). *L'Autobiographie en France*. Paris: Armand Colin, 217-236.
8. Gusdorf, G. (1991). *Lignes de vie, 1. Les Écritures du moi*. Paris: Éditions Odile Jacob.
9. Hernández Rodríguez, F. J. (1993). *Y ese hombre seré yo (La autobiografía en la literatura francesa)*. Murcia: Universidad de Murcia.
10. Lecarme, J. & Lecarme-Tabone, É. (1997). *L'autobiographie*. Paris: Armand Colin, 1999.
11. Lejeune, Ph. (1971). *L'Autobiographie en France*. Paris: Armand Colin, coll. "U2".

12. Lejeune, Ph. (1975). Le pacte autobiographique. En *Le Pacte autobiographique*. (13-45). Paris: Seuil.
13. Lejeune, Ph. (1983). Le pacte autobiographique (bis). *Poétique*, 56, 416-433.
14. Lejeune, Ph. (1986). *Moi aussi*. Paris: Seuil.
15. Lejeune, Ph. (1989). «Cher cahier...». *Témoignages sur le journal personnel*. Paris: Gallimard.
16. Loureiro, Á. G. (1991). Problemas teóricos de la autobiografía. En *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental, Suplementos Anthropos*, 29, 2-8.
17. *Magazine littéraire*, 409, mayo 2002 (dossier «Écritures du moi»).
18. Olney, J. (1980). Autobiography and the cultural moment: A Thematic, Historical and Bibliographical Introduction. En Olney, J. (Ed.). *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*. (3-27). Princeton: University Press.
19. *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, LXXV, 6, 1975 (número especial sobre la autobiografía).
20. Sprinker, M. (1980). Ficciones del «yo»: el final de la autobiografía. En *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental, Suplementos Anthropos*, 29, 1991, 118-129.
21. Weintraub, K. J. (1975). Autobiografía y conciencia histórica. En *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental, Suplementos Anthropos*, 29, 1991, 18-33.
22. Zanone, D. (1996). *L'autobiographie*. Paris: Ellipses.